

CELCIT. Dramática Latinoamericana 355

LA COMPLICIDAD DE LA INOCENCIA

(Terror y miseria de la clase media argentina)

de Adriana Genta y Patricia Zangaro

PERSONAJES: M (5) / F (9)

El Niño

El Bulto

El Tachero

Su Mujer

Nilda

Vivi

El Marido

La Señora

Doña Berta

Clara

La Practicante

La Maestra

Mateo

Eduarne

Luz cenital sobre un niño harapiento, que bate un redoblante.

NIÑO: ¡Pasen y vean! ¡Cincuenta centavos en la ranura y vean la criatura más monstruosa! ¡Gran espectáculo, no se lo pierdan! ¡El monstruo que habla! ¡Cincuenta centavos! ¡Pasen y vean! ¡Conozcan la historia de la criatura mutilada! ¡Sin ojos, sin brazos, sin piernas! ¡Cincuenta centavos! ¡El monstruo que habla!

La luz cenital se corta abruptamente. Cesa el sonido.

Una luz mortecina ilumina un bulto.

EL NIÑO: Están esperando.

EL BULTO: No voy a hablar.

EL NIÑO: Siempre hablás.

EL BULTO: Se terminó.

Una pausa.

EL NIÑO: Desde el principio.

Silencio.

EL NIÑO: Cuando empezó la nevada.

Silencio.

EL NIÑO: Y sembraron la muerte.

Silencio.

EL NIÑO: En toda la tierra.

Silencio.

EL NIÑO: Al final siempre hablás.

Corte de luz.

ESCENA I: EL DÍA DEL GOLPE

PICO CERRADO

de Patricia Zangaro

EL TACHERO: Sacame los zapatos.

LA MUJER DEL TACHERO: Volviste antes.

EL TACHERO: Traé la palangana.

LA MUJER: ¿Muchos pasajeros?

EL TACHERO: Ni un alma.

Un silencio.

EL TACHERO: El agua tibia.

LA MUJER: ¿Por qué volviste?

EL TACHERO: Un desierto.

LA MUJER: ¿Un desierto?

EL TACHERO: La calle.

Un silencio.

LA MUJER: ¿Ni un viaje?

EL TACHERO: Sal gruesa.

LA MUJER: Mañana vence el alquiler.

EL TACHERO: Un masaje en las plantas.

Un silencio.

EL TACHERO: ¿Y el televisor?

LA MUJER: Lo apagué.

EL TACHERO: ¿Estás loca?

LA MUJER: Dan comunicados...

EL TACHERO: Encendelo.

LA MUJER: ... todo el día.

EL TACHERO: Van a dar el partido.

LA MUJER: Lo van a suspender.

EL TACHERO: No pueden suspender el partido.

LA MUJER: Suspenden todo.

EL TACHERO: El partido no.

Un silencio.

LA MUJER: Suspendieron la novela.

EL TACHERO: Ponelo más fuerte.

LA MUJER: Me aburro.

EL TACHERO: ¿Qué dijo?

LA MUJER: Que disolvieron el Congreso.

EL TACHERO: Traeme un café.

LA MUJER: Se terminó.

EL TACHERO: Hubieras comprado.

LA MUJER: Con lo que dejaste no alcanza.

EL TACHERO: ¡La calle está desierta!

Un silencio.

LA MUJER: Quedó un poco de vino.

EL TACHERO: No escucho.

LA MUJER: Que quedó vino.

EL TACHERO: Que intervinieron....

LA MUJER: Ah...

EL TACHERO: Servime una copa.

LA MUJER: Los sindicatos.

EL TACHERO: ¿Eh?

LA MUJER: Que intervinieron los sindicatos.

EL TACHERO: ¿Y del partido?

LA MUJER: No dijo nada.

EL TACHERO: Ah.

Un silencio.

EL TACHERO: ¿Un poco de salame?

LA MUJER: No hay.

EL TACHERO: ¿Un cacho de queso?

LA MUJER: Un pedazo de pan.

EL TACHERO: Te vaciaste la heladera.

LA MUJER: ¡Como si hubiera tenido para llenarla!

EL TACHERO: ¿Por qué no salís vos a la calle?

LA MUJER: ¿Por qué no vas vos al mercado?

EL TACHERO: ¿La culpa es mía si afuera está desierto?

LA MUJER: ¿La culpa es mía si no hay para las compras?

EL TACHERO: ¡Me estás echando la culpa!

LA MUJER: ¡Vos me la estás echando a mí!

Un silencio.

EL TACHERO: Dame el pan.

LA MUJER: Mejor apago.

EL TACHERO: Ni se te ocurra.

LA MUJER: Siguen con los comunicados.

EL TACHERO: Van a dar el partido.

LA MUJER: Lo van a suspender.

EL TACHERO: Lo van a dar.

LA MUJER: ¡Suspenden todo!

EL TACHERO: ¡El partido no!

Un silencio.

LA MUJER: A la novela la suspendieron.

EL TACHERO: Está duro.

LA MUJER: Justo cuando ella iba a dejar al marido.

EL TACHERO: El pan está duro.

LA MUJER: Cuando bajes la bandera...

EL TACHERO: ¿Eh?

LA MUJER: ... Vas a tener pan fresco.

EL TACHERO: Hicieron bien...

LA MUJER: ¿Eh?

EL TACHERO: En suspender la novela.

LA MUJER mira al TACHERO.

EL TACHERO: Es el marido el que la tiene que dejar.

Un silencio.

EL TACHERO: Traé el papagayo.

LA MUJER mira al TACHERO.

EL TACHERO: Quiero mear.

LA MUJER continúa mirándolo enmudecida.

EL TACHERO: Va a empezar el partido.

LA MUJER no se mueve.

EL TACHERO: De aquí no me pienso mover.

Un silencio.

LA MUJER: No va a empezar.

EL TACHERO: Te digo que sí.

LA MUJER: Si no hay novela, no hay partido.

EL TACHERO: Va a haber goleada.

LA MUJER: No van a jugar.

EL TACHERO: Gol de Kempes o de Houseman.

LA MUJER: No lo vas a ver.

EL TACHERO: Te voy a cerrar el pico.

Un silencio.

EL TACHERO: Subí el volumen.

LA MUJER: Otro comunicado...

EL TACHERO: Me moría por mear...

LA MUJER: Número 23...

EL TACHERO: Qué alivio...

LA MUJER: Estás meando en el piso.

EL TACHERO: El pulso.

LA MUJER mira al TACHERO.

EL TACHERO: Te tiembla.

LA MUJER lo mira.

EL TACHERO: Es un asco.

LA MUJER lo mira.

EL TACHERO: ¿Y? ¿No vas a limpiar?

LA MUJER: ¡Yo no ensucí!

EL TACHERO: ¡A mí el pulso no me tiembla!

LA MUJER: ¡Pero el que orinó en el piso fuiste vos!

EL TACHERO: ¡Silencio!

LA MUJER: ¡Yo no limpio!

EL TACHERO: ¡Se interrumpe la cadena nacional!

Los dos se vuelven hacia el televisor.

EL TACHERO: Van a transmitir el partido.

LA MUJER calla.

EL TACHERO: ¿Oíste?

LA MUJER calla.

EL TACHERO: Transmiten desde Polonia.

Silencio de LA MUJER.

EL TACHERO: Va a ganar la selección.

Silencio de LA MUJER.

EL TACHERO: Por goleada.

Silencio de LA MUJER.

EL TACHERO: Con gol de Kempes. O de Houseman.

Silencio de LA MUJER.

EL TACHERO: O Scotta.

Silencio de LA MUJER.

EL TACHERO: ¿Oíste?

Silencio de LA MUJER.

EL TACHERO: Te cerré el pico.

Silencio de LA MUJER.

EL TACHERO: Y ahora limpiá.

Silencio de LA MUJER.

EL TACHERO: Limpiá, te dije.

Silencio de LA MUJER.

EL TACHERO: Antes que empiece a oler mal.

APAGÓN

Luz cenital sobre EL NIÑO, que bate el redoblante.

NIÑO: ¡Pasen y vean! ¡Cincuenta centavos en la ranura y vean la criatura más

monstruosa! ¡Gran espectáculo, no se lo pierdan! ¡El monstruo que habla!

¡Cincuenta centavos! ¡Pasen y vean! ¡Conozcan la historia de la criatura

mutilada! ¡Sin ojos, sin brazos, sin piernas! ¡Cincuenta centavos! ¡El monstruo que habla!

La luz cenital se corta abruptamente. Cesa el sonido.

Luz mortecina sobre EL BULTO.

EL NIÑO: No van a esperar mucho tiempo.

EL BULTO: Que se vayan.

EL NIÑO: ¿Y quién nos va a dar de comer?

EL BULTO: ¡No quiero contar esa historia!

EL NIÑO: ¿Otra vez?

Silencio.

EL NIÑO: Desde que aterrizaron.

Silencio.

EL NIÑO: Y sus bestias arrasaron la ciudad.

Silencio.

EL NIÑO: Y fulminaron con un rayo a los que resistieron.

Silencio.

EL NIÑO: Ya vas a ver cómo al final hablás.

Corte de luz.

ESCENA II: EL EXTERMINIO DE "LA SUBVERSIÓN"

RETRETES

de Adriana Genta

Sala de un baño de damas de un bar. Un espacio central con lavabo donde se ven tres puertas internas de los boxes de los retretes, que están cerradas. Una puerta entornada que da hacia el salón principal del bar. Los boxes están divididos por mamparas que dejan libre un espacio entre el borde superior de las puertas y el techo, y entre las mamparas. Por la parte de arriba de una de las puertas asoma muy cautelosamente la cabeza de Nilda. Da la impresión de estar trepada en el inodoro para poder acceder a esa visual. Mira hacia delante, hacia la sala central del baño, con sigilo y luego hacia el costado, hacia el retrete del medio. Vuelve la cabeza con rechazo. Se empina más, como tratando de ver hacia fuera del recinto. Del box de la otra punta, asoma su cabeza Vivi.

Nilda: Al encontrarse sus miradas, hace a Vivi un rápido gesto de silencio, deteniendo cualquier intento de ella.

Vivi: Mira con aprehensión hacia el retrete que ha quedado entre las dos. Vuelve la cabeza con rechazo, como lo hizo Nilda. Mira a Nilda, consultándola.

Los diálogos que siguen no son vocalizados, sino sólo gestuales, hasta que se indique que comienzan a emitir voz.

Nilda: No hagas ruido.

Vivi: ¿Y eso?

Nilda: No sé, pero no hagas ruido. (Mira hacia la zona del lavabo, empinándose para abarcar visualmente todos los rincones) ¿Ves algo desde ahí?

Vivi: (Busca) No.

Nilda: (Se empina más para ver hacia fuera del recinto). Desde acá es imposible.

Vivi: Yo tampoco alcanzo a ver. (Pausa)

Nilda: ¿Qué hacemos?

Vivi: No sé.

Nilda: (Señalando al retrete del medio) ¿Y con eso? ¿Qué hacemos?

Vivi: No miremos.

Golpean la puerta entreabierta desde afuera. Nilda hace señas a Vivi de callarse y esconde su cabeza. Vivi la imita. Desde afuera, un brazo de mujer asoma por la puerta y apaga la luz. Se oye el ruido de la puerta que se cierra con fuerza.

Sobrevienen la oscuridad y el silencio.

Vivi: (Voz emitida en un susurro) Nilda... (Silencio) Nilda...

Nilda: (También en voz muy baja) Sh...

Vivi: Yo salgo.

Nilda: Yo no.

Vivi: ¿No ves que puede entrar alguien en cualquier momento?

Nilda: Yo no salgo.

Vivi: Dale, no seas mala. Vámonos.

Pasa un tiempo en silencio y oscuridad. De pronto vuelve la luz. Vivi ha salido del box y está con la mano sobre la llave de la luz que acaba de encender, temblorosa; comprueba que a su alrededor no hay nadie. Nilda sigue asomada

desde el box, parada sobre el inodoro.

Vivi: (Advirtiéndole) Yo ahora abro la puerta y me voy. (Permanece inmóvil)

Nilda: Esperá.

Vivi: Dale. Salimos caminando como si nada.

Nilda: Si nos ven salir ahora se van a dar cuenta de que estábamos cuando ellos entraron.

Vivi: Ya se deben de haber ido.

Nilda: ¿Y si están todavía ahí?

Vivi: ¿Y si nos quedamos acá y entran de nuevo?

Nilda: Si entran ahora mismo te ven a vos.

Vivi: Hago que me estoy peinando. Peor quedás vos ahí arriba.

Nilda: Me agacho.

Vivi: ¿Y si abren tu puerta?

Nilda: Está trabada.

Vivi: Entonces se van a dar cuenta de que estás. Y escondida. Peor. (Pausa) Yo salgo ahora mismo.

Nilda: Dale.

Vivi: Sola no.

Nilda: Yo no voy.

Vivi: Una vigila para un lado, otra para el otro. Juntas es mejor.

Nilda: Juntas es asociación ilícita.

Vivi: Si es más de dos.

Nilda: Más de uno.

Vivi: Más de dos.

Nilda: Pero somos dos que vieron algo.

Vivi: No vimos nada.

Nilda: Pero escuchamos que lo arrastraban y lo tiraban ahí adentro.

Vivi: No, no escuchamos nada, tarada.

Nilda: (Señalando al piso) Mirá ahí... (Por la ranura de la puerta cerrada del box corre un hilo de líquido rojo) ¿Qué es eso?

Vivi: Estará rebalsando el inodoro. Vámonos pronto.

Nilda: ¡Es sangre! ¿Y si está vivo?

Vivi: ¿Vivo? Yo no sé nada. Yo sólo vi un nylon.

Nilda: Pero abajo hay un bulto. Como un cuerpo.

Vivi: Ah, yo qué sé...

Nilda: Y si sangra será una persona.

Vivi: ¿Y si es un subversivo? Dale, salí de ahí y vámonos.

Nilda: (Observando más) No se mueve... Si respirara se movería el nylon ¿no?

Vivi: Sea lo que sea no podemos hacer nada.

Nilda: ¿Y si no es un subversivo? ¿Si es un error?

Vivi: No es culpa nuestra. Por favor, vámonos.

Nilda: Mirá primero por la cerradura.

Vivi: (Espía por la cerradura hacia el salón) No veo a nadie.

Nilda: ¿Pero qué ves?

Vivi: Mesas vacías. Salgamos sin llamar la atención. Y nos sentamos en una mesa como si recién llegáramos de la calle.

Nilda: Eso es lo que teníamos que haber hecho ni bien entramos al bar. Ahora ya es tarde. Yo te dije "al baño vamos después".

Vivi: Yo qué sabía lo que iba a pasar.

Nilda: Pero siempre sos la misma meona.

Vivi: ¿Vos traés documento? (Nilda no contesta) ¡¿Traés documento?!

Nilda: No.

Vivi: Entonces yo, por meona te salvé. Porque si nos íbamos primero a una mesa, te agarraban ahí sin documento.

Nilda: Qué sabés si pidieron documentos. Para mí que vinieron derecho acá. Y de pedo no miraron en nuestros baños. Meona.

Vivi: Cagona.

Desde afuera llega el ruido intenso de una cortina metálica que se baja. Se paralizan.

Nilda: ¿Qué fue eso?

Vivi: ¿Habrán cerrado el bar?

Nilda: Fijate.

Vivi acciona con cuidado el picaporte. La puerta no se abre. Insiste con más decisión, tira hacia atrás con cautela, pero no consigue abrirla. Nilda sale veloz del retrete, desplaza de un empujón a Vivi y se abalanza sobre el picaporte. Desesperada, lo agita con mucha fuerza.

Vivi: ¡Pará! ¡Así no!

Nilda: (Golpeando la puerta) ¡Abran! ¡Abran!

Vivi: ¡Callate!

Nilda: ¡Abran!

Vivi: Yo te dije que saliéramos. ¿Ves? Me hubieras hecho caso antes. Ahora estamos encerradas, pelotuda.

Nilda: ¡Acá hay gente! ¡Sáquennos de aquí!

Vivi: (Trata de frenarla) ¡Pará! ¡Pará! (En el forcejeo ella también se va plegando al intento desesperado de abrir la puerta y dar voces).

Después de varios golpes y gritos descontrolados sobreviene una calma por agotamiento e inutilidad.

Nilda: Está todo oscuro.

Vivi: No se oye nada.

Nilda: ¿Se habrán ido todos?

Vivi: Parece que sí.

Nilda: ¿Tenemos que esperar hasta mañana que vuelvan a abrir el bar?

Vivi: (Mirando alrededor) No hay ni una ventana por donde escaparnos.

Nilda: ¿Quiere decir que nos vamos a quedar encerradas toda la noche?

Vivi: (Con espanto) Si. (Pausa, tratando de darse ánimos) Por lo menos nadie nos vio.

Nilda: Y ellos se fueron.

Vivi: Y tenemos luz.

Nilda: Y tenemos agua.

Vivi: Y tenemos baño. (Hacia el retrete cerrado) ¿Y si eso nos ataca durante la noche?

Nilda: Si está frito...

Vivi: Puede reaccionar y creer que fuimos nosotras.

Nilda: No. Tiene que haber visto que fueron ellos.

Vivi: ¿Y si le provocaron amnesia?

Pausa

Nilda: ¿Y si abrimos y vemos?

Vivi: Mejor no.

Nilda: Para estar seguras de que no puede hacernos nada.

Vivi: ¿Y si ellos vuelven y nos ven y se creen que lo estamos ayudando y dicen que también nosotras somos subversivas?

Nilda: Si van a volver no lo sabemos, pero que eso está acá, sí.

Vivi: ¿Entonces?

Nilda: Entonces abrimos, lo destapamos y nos aseguramos.

Vivi: ¿Y si nos ataca ahora?

Nilda: Ahora está medio grogui.

Vivi: Entrá vos. Y yo te cubro por las dudas.

Nilda: No. Vos, que estudiaste medicina.

Vivi: Pero si no es para curarlo.

Nilda: Pero viste más cuerpos. Yo ni siquiera vi nunca a un hombre desnudo.

Vivi: Capaz que es una mujer. Por eso la trajeron al baño de damas.

Nilda: Pero yo soy muy impresionable. Por favor andá vos. (Entreabre la puerta del box, con decisión pero sin mirar hacia adentro y haciendo señas a Vivi de que ella pase)

Vivi: (Entra con asco, miedo y cautela. Nilda mantiene la puerta entornada defensivamente. Se escuchan ruidos del nylon. Vivi ahoga un grito)

Nilda: ¿Está vivo?

Vivi: (Consternada) Está muerta. (Va descubriendo) Pobrecita. Tiene la vulva rota. Acababa de parir.

Nilda: ¿Cómo?

Vivi: Es una perrita, Nilda, una perrita. (Sale cargando el bulto en los brazos, envuelto en el nylon negro, apenadísima. Señalando hacia el retrete) Ahí le tiraron también los cachorros muertos. Pobrecita, lo que habrá sufrido. ¡Nilda!

Justo a mí. Con lo que yo amo a los perros. No puedo verlos sufrir. ¿Por qué le habrán hecho esto? ¿Por qué?

APAGÓN

Luz cenital sobre EL NIÑO con el redoblante.

NIÑO: ¡Pasen y vean! ¡Cincuenta centavos en la ranura y vean la criatura más monstruosa! ¡Gran espectáculo, no se lo pierdan! ¡El monstruo que habla! ¡Cincuenta centavos! ¡Pasen y vean! ¡Conozcan la historia de la criatura mutilada! ¡Sin ojos, sin brazos, sin piernas! ¡Cincuenta centavos! ¡El monstruo que habla!

La luz cenital se corta abruptamente. Cesa el sonido.

Luz mortecina sobre EL BULTO.

EL NIÑO: ¿No vas a hablar?

EL BULTO: Basta de cuentos.

EL NIÑO: ¡Te pagan para eso!

EL BULTO: Voy a contar la verdad.

EL NIÑO: ¡Pobre de vos!

Una pausa.

EL NIÑO: Nos podrían linchar.

Silencio.

EL NIÑO: Fue una nevada radioactiva.

Silencio.

EL NIÑO: Y vos el único sobreviviente.

Silencio.

EL NIÑO: Que resistió al exterminio, hasta que te encontraron.

Silencio.

EL NIÑO: No van a esperar más.

Corte de luz.

ESCENA III: EL MIEDO SE INSTALA EN LA SOCIEDAD

MARCHEN

de Patricia Zangaro

Living con tresillo y televisor.

Anochece.

Desde la calle llega el marido, con traje y maletín.

Enciende el televisor. Se oye el relato de un partido de fútbol.

Desde la cocina, asoma la señora, con delantal y rúleros.

LA SEÑORA: Llegaste.

EL MARIDO: ¿Qué hay de comer?

LA SEÑORA: Media hora más tarde.

EL MARIDO: Huele a quemado.

LA SEÑORA: Canelones.

EL MARIDO: ¿De verdura?

LA SEÑORA: Se pasaron.

Una pausa.

LA SEÑORA: ¿Hubo balance?

EL MARIDO: Un operativo del ejército.

LA SEÑORA: ¿En la oficina?!

EL MARIDO: En el subte.

LA SEÑORA: Los canelones...

EL MARIDO: Lo siento.

Una pausa.

LA SEÑORA: La ventana.

EL MARIDO: ¿Qué pasa?

LA SEÑORA: Está abierta.

EL MARIDO: ¿Qué dije?

LA SEÑORA: Cerrala.

El marido cierra la ventana.

LA SEÑORA: Lo siento.

EL MARIDO: ¿Qué?

LA SEÑORA: Vos lo dijiste.

EL MARIDO: ¿Qué dije?

LA SEÑORA: Que lo sentías.

EL MARIDO: ¿Que sentía qué?

LA SEÑORA: Lo de los canelones.

EL MARIDO: ¿Y qué tiene de malo?

LA SEÑORA: No grites.

EL MARIDO: La ventana está cerrada.

LA SEÑORA: Las paredes oyen.

Una pausa.

LA SEÑORA: La culpa es mía.

EL MARIDO: ¿De qué?

LA SEÑORA: Los canelones.

EL MARIDO: No es la primera vez que se te pasan.

LA SEÑORA: No debí decir que se me habían pasado.

EL MARIDO: No tiene importancia.

LA SEÑORA: ¡Para ellos sí!

EL MARIDO: Estás gritando...

Una pausa.

EL MARIDO: ¿Desde cuándo les importan nuestros canelones?

LA SEÑORA: Desde que vos los culpaste de que se me pasaran.

EL MARIDO: ¡¿Yo los culpé?!

LA SEÑORA: Lo insinuaste.

EL MARIDO: ¡¿Cuándo?!

LA SEÑORA: Dijiste que lo sentías.

EL MARIDO: Por haberme retrasado.

LA SEÑORA: ¿Y por qué te retrasaste?

EL MARIDO: Por el operativo.

LA SEÑORA: ¿Te das cuenta?

EL MARIDO: ¿De qué?

LA SEÑORA: ¡Los estás acusando!

EL MARIDO: ¡No es cierto!

LA SEÑORA: ¡No dirían lo mismo si te escucharan!

EL MARIDO: ¿Hubo o no hubo un operativo?

LA SEÑORA: ¡Callate!

EL MARIDO: ¿Llegué o no llegué tarde a casa?

LA SEÑORA: ¡No sigas!

EL MARIDO: ¿Se te pasaron o no se te pasaron los canelones?

LA SEÑORA: ¡No fue culpa de ellos!

EL MARIDO: ¿Y quién mierda los está acusando?

LA SEÑORA: ¡Basta!

Una pausa.

LA SEÑORA: Apagá la tele.

EL MARIDO: ¿Por qué?

LA SEÑORA: Me pareció que llamaban.

EL MARIDO apaga el televisor.

Un silencio.

EL MARIDO: No se oye nada.

LA SEÑORA: Llamaban.

Callan.

LA SEÑORA: Si vienen...

EL MARIDO: ¿Por qué van a venir?

LA SEÑORA: Cuando pregunten...

EL MARIDO: Yo no hice nada...

LA SEÑORA: ¡Shhh!

Una pausa.

LA SEÑORA: ¿Por qué se pasaron los canelones?

El marido mira a la esposa con indecisión.

LA SEÑORA: Eso es lo que van a preguntar.

El marido calla un momento.

LA SEÑORA: ¿Y vos qué les vas a responder?

El marido vacila.

EL MARIDO: Si digo que me retrasé...

LA SEÑORA: ¿Te retrasaste?

El marido titubea.

LA SEÑORA: ¿No vas a decirles la verdad?

El marido balbucea.

LA SEÑORA: ¡Te van a obligar a confesar!

El marido calla.

LA SEÑORA: ¿Por qué se pasaron los canelones?

El marido la mira confundido.

LA SEÑORA: ¡Deciles por qué!

El marido no acierta a responder.

LA SEÑORA: ¿Tengo que decirlo yo?

El marido espera suplicante.

LA SEÑORA: ¡Hablá!

Silencio angustioso del marido.

LA SEÑORA: ¡Por qué se pasaron los canelones!

EL MARIDO: ¡No sé!

LA SEÑORA: ¡Porque te gustan!

EL MARIDO: ¿Eh?

LA SEÑORA: ¡Te gustan!

EL MARIDO: ¿Pasados?

LA SEÑORA: Pasados.

Una pausa.

EL MARIDO: ¿Me gustan?

LA SEÑORA: Te encantan.

EL MARIDO: Pasados.

LA SEÑORA: Siempre te gustaron.

Callan.

LA SEÑORA: Mejor los traigo.

EL MARIDO: ¿Ahora?

LA SEÑORA: Para que te vean...

EL MARIDO: ¿Cómo?

LA SEÑORA: Saboreándolos.

EL MARIDO: Pero si no llamaron...

LA SEÑORA: Ya van a llamar.

Una pausa.

EL MARIDO: ¿Es necesario?

LA SEÑORA: Es la prueba.

EL MARIDO: ¿De qué?

LA SEÑORA: De que te encantan.

EL MARIDO: ¿Pasados?

LA SEÑORA: Siempre te gustaron.

Una pausa.

EL MARIDO: ¿Y si compramos una pizza?

LA SEÑORA: ¡Nos descubrirían!

EL MARIDO: Freímos unos huevos...

LA SEÑORA: ¿Y los canelones?

EL MARIDO: Los tiramos.

LA SEÑORA: ¿Y si los encuentran?

El marido mira un instante a la señora.

LA SEÑORA: ¡El cuerpo del delito!

El marido calla.

LA SEÑORA: Sería el final.

Una pausa.

EL MARIDO: No hay salida.

LA SEÑORA: No.

Una pausa.

EL MARIDO: No llaman.

LA SEÑORA: De un momento a otro.

EL MARIDO: Entonces...

LA SEÑORA: Los traigo.

EL MARIDO: Pasados.

LA SEÑORA: Ya es hora de cenar.

La señora abre la ventana.

Se asoman, y gritan.

LA SEÑORA: ¡Marchen dos canelones!

EL MARIDO: ¡Marchen bien pasados, que me encantan!

La señora sale hacia la cocina.

El marido enciende el televisor.

APAGÓN

Luz cenital sobre EL NIÑO con su redoblante.

NIÑO: ¡Pasen y vean! ¡Cincuenta centavos en la ranura y vean la criatura más monstruosa! ¡Gran espectáculo, no se lo pierdan! ¡El monstruo que habla!

¡Cincuenta centavos! ¡Pasen y vean! ¡Conozcan la historia de la criatura mutilada! ¡Sin ojos, sin brazos, sin piernas! ¡Cincuenta centavos! ¡El monstruo que habla!

La luz cenital se corta abruptamente. Cesa el sonido.

Luz mortecina sobre EL BULTO.

EL NIÑO: Te vas a morir de hambre.

EL BULTO: Vos también.

EL NIÑO: Voy a empezar a contar yo la historia.

EL BULTO: No te van a creer.

Una pausa.

EL NIÑO: Voy a decir que me encontraron y me llevaron con ellos.

Silencio.

EL NIÑO: Y que para descubrir el secreto de la especie me cortaron en pedazos.

Silencio.

EL NIÑO: Y que después me arrojaron de la nave y se los tragó el cielo.

Silencio.

EL BULTO: Pero no te cortaron en pedazos.

NIÑO: No. Por eso la historia tenés que contarla vos.

Corte abrupto.

ESCENA IV: LA COMPLICIDAD SOCIAL.

POR ALGO SERÁ

de Adriana Genta

La cocina-comedor de una casa de pueblo en la región Cuyana. Hay objetos de decoración de cumpleaños y sobre la mesa una torta infantil. Se ven además, elementos de costura: un maniquí, una máquina de coser, costurero, tijeras.

Entra Doña Berta guiando a Clara.

D. Berta: Pase, pase. La mamá de la cumpleañera salió un momento, pero vuelve en seguida. (Señalando la ventana) Las chicas están allí en el patio.

Clara: (Mirando hacia el patio) Ay, me retrasé, disculpe.

D. Berta: No. Es temprano. Todavía no han comido la torta.

Clara: Pero veo que a las demás ya las vinieron a buscar... quedó solo mi nena. (Se hace un silencio)

D. Berta: Las demás no vinieron.

Clara: (Extrañada) Ah... ¿no? (Pausa) Bueno, si me llama a la Susi...

D. Berta: Déjela un rato más, están muy entretenidas. Siéntese. (Le extiende un mate que Clara acepta tímidamente).

Clara: ¿Usted es la abuela de la nena?

D. Berta: Como si lo fuera. Pero soy nada más que la vecina de al lado. (Pausa) Han pasado de lo más entretenidas.

Clara: La Susi dice que con su Nancy siempre juegan juntas en el recreo.

D. Berta: Van haciendo una linda amistad.

Clara: Para mi nena eso es muy importante, porque como somos nuevos en el pueblo, todavía no tiene amigas. (Señalando el maniquí) ¿Es modista la señora?

D. Berta: Sí.

Clara: ¿Hace los moldes y corta también?

D. Berta: Hace todo. ¡Y tiene una mano! Mire el vestidito de la Nancy (Clara mira por la ventana hacia el patio). Se lo hizo ella.

Clara: Precioso. Yo justo ando buscando modista. Mire... acabo de retirar una tela

que encargué a la capital, porque aquí no conseguía nada (abre el paquete y despliega una tela).

D. Berta: (Tocándola) Ah... ¡qué buen piqué!

Clara: Me quiero hacer un vestido y yo no sé ni pegar un botón. En Córdoba todo me lo cose mi mamá.

D. Berta: Desde ya le digo que ella se lo va a hacer con mucho gusto.

Clara: ¿Le parece?

D. Berta: ¿Para cuando lo precisa?

Clara: Para el otro viernes. Viene la familia de mi esposo y tengo que estar a la altura.

D. Berta: Es pronto. Pero ella es muy rápida. Se lo va a tener a tiempo. Y sabe ¿qué?

Clara: ¿Qué?

D. Berta: (Decidida, manoteando un cuaderno, un lápiz y un centímetro) Le puedo tomar las medidas ahora mismo para ir adelantando. Usted después vea con ella los detalles.

Clara: Ay, no sé qué decirle...

D. Berta: No diga nada y levante los brazos así la puedo medir. (Clara se ríe nerviosa, levanta los brazos, un poco descolocada por la premura de Berta) Busto 93. (Murmura las medidas y va anotando).

Clara: (Mirando por la ventana hacia el patio mientras la mide) Lindo patio.

Azucena: Sí... Aunque la parra está muy descuidada, no se fije. Espalda, 42. El hombre que la poda anda enfermo y no ha venido.

Clara: ¿Y el marido no se da maña?

D. Berta: Cintura 75...

Clara: ¿No se da maña?

D. Berta: (Grave) El marido ya no está.

Clara: Ah, perdón.

D. Berta: Cadera, 102.

Clara: ¿Qué? ¿Murió?

D. Berta: (Se encoje de hombros)

Clara: Ah... ¡la dejó!

D. Berta: Es más complicado que eso.

Clara: Pobre...

D. Berta: Pero ella es muy hacendosa y está sacando adelante a la chica. Le traen trabajo de la capital. Porque los de acá... Largo a la rodilla, 54. Listo (cierra el cuaderno).

Clara: ¿Se fue con una más joven?

D. Berta: No, no fue eso. Una desgracia.

Clara: ¿Qué pasó?

D. Berta: Mire, no me gusta hablar. Yo no soy de andar chusmeando.

Clara: Ay, ¡por favor, yo tampoco! sólo pregunto para no meter la pata. La ignorancia hace mucho daño.

D. Berta: Y... sí...

(Silencio incómodo)

Clara: Por eso es bueno saber...

D. Berta: Sí... pero yo soy una tumba.

Clara: Ah, yo también.

(Silencio incómodo)

D. Berta: Un hombre bueno... una desgracia.

Clara: ¿De salud?

D. Berta: No. Un hombre fuerte, sano. Una injusticia.

(Silencio)

Clara: No la quiero poner en un compromiso. Ya la señora, si intimamos más, me dirá.

D. Berta: Ella no habla del tema.

Clara: Ah... ¿no?

D. Berta: No.

Clara: Hace bien... lo de uno es lo de uno. Y los de afuera son de palo.

D. Berta: Así debería ser. Pero... la gente es mala...

Clara: (interrumpiéndola) La gente es mala y comenta.

D. Berta: La gente es mala y... (enfaticando) ¡inventa!

Clara: Cuando el río suena agua trae.

D. Berta: A veces trae lodo.

Silencio

D. Berta: Mire, si me decido y le cuento es para que no crea todo lo que oiga por ahí.

Clara: Pero ¿qué es lo que dicen?

D. Berta: Le van a decir que... que... se lo llevaron los militares por subversivo.

Clara: (Reprime, tapándose la boca, una exclamación de sorpresa y alarma)

D. Berta: Pero no es cierto, no se asuste. Bueno, que se lo llevaron los militares, sí. Pero que sea subversivo, no. Un hombre de trabajo. Un pan de Dios.

Clara: Pero algo habrá hecho.

D. Berta: No... Sólo estaba de catequista con los curas estos que no usan sotana ¿vio? Querían hacer una cooperativa agraria en unos campos abandonados. Y claro, se armó revuelo porque este pueblo tiene sus costumbres y sus patrones, ya de años.

Clara: ¿Está preso?

D. Berta: Y... ha de estar... pero no sabemos nada.

Clara: Entonces, vaya a saber... Algunos aprovechan el revoltijo para no volver a sus obligaciones y darse la gran vida en otro lado.

D. Berta: Este no. Adoración con la mujer y la hija.

Clara: Pero si estaba cambiando tanto de ideas...

D. Berta: En cosas de la familia, no. No creo. Aunque ella prefiere que piensen que la dejó por otra. Porque lo que más le duele es cuando le hacen desprecio por que dicen que es la mujer de un subversivo. ¿Y qué culpa tiene ella?

Clara: Pero... si es la esposa, algo sabría de lo que estaba pasando.

D. Berta: ¿Qué quiere decir?

Clara: Yo no quiero decir nada.

D. Berta: ¿No me cree que esta es buena gente?

Clara: Yo no sé nada... todavía no conozco a nadie aquí...

D. Berta: Bueno, si es por eso yo tampoco la conozco a usted.

Clara: Pero le aseguro que no tengo un marido subversivo.

D. Berta: Ya le dije que este no era subversivo. No suponga otra cosa.

Clara: Yo no supongo nada. Usted pone las palabras. Y... ¿por qué lo defiende tanto?

D. Berta: No lo estoy defendiendo.

Clara: Pero dice que fue una injusticia.

D. Berta: ¡Yo no digo eso!

Clara: Ah, me pareció que dijo: (imitándola) "una injusticia".

D. Berta: (Corrigiéndola) "Una desgracia", dije yo.

Clara: Ah... habré entendido mal.

D. Berta: Sí, entendió mal. No estoy defendiendo a nadie. Y mire que de política y esas cosas no sé nada, ni me importa, ni en mi casa se habla de eso. Mi familia y yo somos gente de bien. Puede preguntarle a cualquiera. Puede venir a mi casa y ver que no hay nada raro. No piense mal de mí.

Clara: Yo no pienso nada.

D. Berta: (Intimidada) Pero me pregunta de una manera...

Clara: Eso es idea suya. (Comienza a doblar la tela que había quedado desplegada)

D. Berta: (Cautelosa) Y su esposo...

Clara: Mi esposo ¿qué?

D. Berta: No. Nada. Que... vino por trabajo... ¿no?

Clara: Sí.

D. Berta: Y... ¿de qué trabaja?

Clara: Eso es cosa nuestra.

D. Berta: Sí, sí, claro. Preguntaba para... conocernos más...

Clara: Ya nos va a conocer. Ahora, por favor, llámeme a la nena que se hace tarde.

D. Berta: (Intimidada) Sí... sí, como no... Si quiere puede salir por el patio. (Clara termina de plegar la tela y la guarda en su bolso) ¿La tela...?

Clara: (Cierra con gesto marcado el bolso donde la guardó y se dispone a salir) ¿Por acá?

D. Berta: (Aborta un impulso de decir algo más y le señala la salida) Por acá... (salen).

APAGÓN

Luz cenital sobre EL NIÑO con redoblante.

NIÑO: ¡Pasen y vean! ¡Cincuenta centavos en la ranura y vean la criatura más monstruosa! ¡Gran espectáculo, no se lo pierdan! ¡El monstruo que habla! ¡Cincuenta centavos! ¡Pasen y vean! ¡Conozcan la historia de la criatura mutilada! ¡Sin ojos, sin brazos, sin piernas! ¡Cincuenta centavos! ¡El monstruo que habla!

La luz cenital se corta abruptamente. Cesa el sonido.

Luz mortecina sobre EL BULTO.

EL NIÑO: Se están yendo...

Silencio.

EL NIÑO: Van a ver al mago, que grita en la otra cuadra.

EL BULTO: Que vayan y le compren espejitos de colores.

EL NIÑO: ¡Si salís ahora puede ser que vuelvan!

EL BULTO: ¡No voy a salir para repetir el cuento!

EL NIÑO: ¡Es lo único que quieren escuchar!

Pausa.

EL NIÑO: Por eso siempre terminás contándolo.

Silencio.

EL NIÑO: Porque te aterra decir la verdad.

Silencio.

Corte abrupto.

ESCENA V: LA CENSURA.

ESTOS SON LOS CUENTOS

de Patricia Zangaro

LA MAESTRA: ¿Cuántos días de atraso?

LA PRACTICANTE: Más de veinte.

LA MAESTRA: Es irregular.

LA PRACTICANTE: Un reloj.

Un silencio.

LA MAESTRA: Clase de Lengua.

LA PRACTICANTE: Matemática.

LA MAESTRA: Lectura y comprensión.

LA PRACTICANTE: Múltiplos.

LA MAESTRA: L-e-n-g-u-a.

LA PRACTICANTE: Estuve planificando.

LA MAESTRA: ¿De veras?

Un silencio.

LA PRACTICANTE: Un gráfico.

Silencio.

LA PRACTICANTE: Y tres láminas.

LA MAESTRA: Acción imprevista.

LA PRACTICANTE: ¿Eh?

LA MAESTRA: Ante un cambio de condiciones, un buen maestro sabe cambiar de táctica.

Silencio.

LA PRACTICANTE: No preparé...

LA MAESTRA: Lea un cuento...

LA PRACTICANTE: ¿Por qué...?

LA MAESTRA: ¿Tiene padre?

LA PRACTICANTE: ¿Cómo?

LA MAESTRA: Lo que tiene adentro.

LA PRACTICANTE: Sólo tengo un atraso.

LA MAESTRA: Pero no es irregular.

LA PRACTICANTE: Un reloj.

LA MAESTRA: Entonces tendrá un padre.

LA PRACTICANTE: No...

LA MAESTRA: ¿Va a contarme el cuento del repollo?

Un silencio.

LA MAESTRA: ¿Pensó qué va a hacer?

LA PRACTICANTE: Todavía no.

LA MAESTRA: ¿No va a leer un cuento?

LA PRACTICANTE: Ah...

Un silencio.

LA MAESTRA: ¿Cómo se llama?

LA PRACTICANTE: Cinco dedos...

LA MAESTRA: El padre...

LA PRACTICANTE: ¿El padre?

LA MAESTRA: Ni siquiera sabe cómo se llama...

LA PRACTICANTE: No es eso...

LA MAESTRA: ¿Lo piensa tener?

Un silencio.

LA PRACTICANTE: ¿Podríamos... hablar de la clase?

LA MAESTRA: Es lo que estoy esperando...

Silencio.

LA PRACTICANTE: El cuento...

LA MAESTRA: Cinco dedos.

LA PRACTICANTE: ... habla de una mano...

LA MAESTRA: Roja.

LA PRACTICANTE: ¿Lo conoce?

LA MAESTRA: No es argentino.

LA PRACTICANTE: No...

LA MAESTRA: Ajá.

Un silencio.

LA PRACTICANTE: Hay una mano verde.

LA MAESTRA. Que persigue a una roja....

LA PRACTICANTE: Entonces lo conoce...

LA MAESTRA: ... y la roja vence.

LA PRACTICANTE: Porque al unir sus dedos...

LA MAESTRA: Formando un puño.

LA PRACTICANTE: ... se vuelve más fuerte.

LA MAESTRA: ¿Le parece bien?

LA PRACTICANTE: ¿Eh?

Un silencio.

LA MAESTRA: Todavía está a tiempo.

LA PRACTICANTE: ¿A tiempo...?

LA MAESTRA: No terminó su carrera.

LA PRACTICANTE: Me recibo pronto.

LA MAESTRA: ¿Sí?

Un silencio.

LA PRACTICANTE: Habla de la solidaridad.

LA MAESTRA: ¿Cómo?

LA PRACTICANTE: El cuento...

LA MAESTRA: Ah...

LA PRACTICANTE: La unión hace la fuerza.

LA MAESTRA: La mano roja vence a la verde.

LA PRACTICANTE: ¿No le gusta?

LA MAESTRA: Roja.

Un silencio.

LA MAESTRA: Todavía no tiene su título.

LA PRACTICANTE: Si no le gusta...

LA MAESTRA: Sin una carrera...

LA PRACTICANTE: ... puedo leer otro cuento...

LA MAESTRA: ... ni un padre...

LA PRACTICANTE: ¿Cómo?

LA MAESTRA: Lo que tiene que hacer es terminar.

Un silencio.

LA PRACTICANTE: ¿Terminar...?

LA MAESTRA: ¿Sabe lo que es una familia?

LA PRACTICANTE: ¿Una familia...?

LA MAESTRA: ¿Sabe lo que es una sociedad basada en la familia?

LA PRACTICANTE: No sé...

LA MAESTRA: ¡No sabe!

LA PRACTICANTE: ¡No sé a qué se refiere!

LA MAESTRA: ¿No sabe quién vence?

LA PRACTICANTE: ¿Eh?

LA MAESTRA: ¿Cuál es la mano que vence?

LA PRACTICANTE: ¿Habla del cuento?

LA MAESTRA: ¿La verde o la roja?

LA PRACTICANTE: La roja...

LA MAESTRA: ¡Y no sabe a qué me refiero!

Un silencio.

LA MAESTRA: Todavía está a tiempo...

LA PRACTICANTE: ¿De... cambiar de cuento?

LA MAESTRA: De corregir el mal...

Un silencio.

LA MAESTRA: ¿Probó con una enema?

LA PRACTICANTE: ¿Una enema...?

LA MAESTRA: Una aguja....

LA PRACTICANTE: ¿De qué habla?

LA MAESTRA: Una caída....

LA PRACTICANTE: ¿Para qué?

LA MAESTRA: Una trompada.

LA PRACTICANTE: Ni siquiera sé todavía...

LA MAESTRA: Una patada.

LA PRACTICANTE: No siga.

LA MAESTRA: Un cuchillazo.

LA PRACTICANTE: Cállese.

LA MAESTRA: Una sangría.

LA PRACTICANTE: Basta.

LA MAESTRA: Hasta vaciarse.

Un silencio.

LA MAESTRA: ¿Ya lo pensó?

LA PRACTICANTE mira a LA MAESTRA.

LA MAESTRA: ¿Cuál es el cuento?

LA PRACTICANTE mira a LA MAESTRA.

LA MAESTRA: ¿Quiere o no quiere terminar?

LA PRACTICANTE: ¡Terminar!

LA MAESTRA: ¡Algún día hay que recibirse, querida!

Silencio de LA PRACTICANTE.

LA MAESTRA: ¿No?

LA PRACTICANTE mira largamente a LA MAESTRA.

LA PRACTICANTE: ¿Qué quiere?

LA MAESTRA: ¿Ve estos cuentos?

Silencio de LA PRACTICANTE.

LA MAESTRA: Estos son los cuentos que tenemos que contar.

Silencio de LA PRACTICANTE.

LA MAESTRA: Lea éste.

Silencio de LA PRACTICANTE.

LA MAESTRA: Nuestros niños merecen que los eduquemos bien.

APAGÓN.

Luz cenital sobre EL NIÑO del redoblante.

NIÑO: ¡Pasen y vean! ¡Cincuenta centavos en la ranura y vean la criatura más monstruosa! ¡Gran espectáculo, no se lo pierdan! ¡El monstruo que habla!

¡Cincuenta centavos! ¡Pasen y vean! ¡Conozcan la historia de la criatura mutilada!

¡Sin ojos, sin brazos, sin piernas! ¡Cincuenta centavos! ¡El monstruo que habla!

La luz cenital se corta abruptamente. Cesa el sonido.

Luz mortecina sobre EL BULTO.

EL NIÑO: Me voy a ir y te voy a dejar solo.

Silencio.

EL NIÑO: Vas a tener hambre y no vas a tener qué comer.

Silencio.

EL NIÑO: Me vas a llamar y yo voy a estar muy lejos y no te voy a escuchar.

Silencio.

EL NIÑO: ¿Se puede saber por qué no querés contar la historia?

Silencio.

EL NIÑO: ¿Se puede saber por qué no hacés tu parte? ¿Por qué nos arruinás? ¿Por qué me empujás a mendigar por los caminos?

EL BULTO: No quiero arruinarte.

EL NIÑO: ¡Por qué lo hacés!

EL BULTO: ¡Porque me estoy pudriendo!

Silencio.

EL BULTO: Porque reviento si no cuento la verdad.

EL NIÑO: ¿La verdad? ¡Qué verdad! ¡Siempre amenazás con la verdad y siempre terminás contando el mismo cuento! ¡Y decís que callás porque la verdad te aterra! ¡Pero yo sé que callás porque no hay verdad ninguna! ¡Porque no importa si fue una nevada, o una invasión o una bomba lo que nos dejó huérfanos o mutilados! Lo único que importa es que hay que seguir viviendo y que si la gente paga para escuchar un cuento hay que contarlo aunque revientes!

EL BULTO: Eso. Eso es lo que me aterra. Que ni siquiera vos me quieras escuchar.

ESCENA VI: DEL ESTADO GENERAL DEL MIEDO A LA DELACIÓN

EL OLOR

de Adriana Genta

Cuarto modesto de hotel de pasajeros. EDURNE está sentada en la única silla y MATEO aún de pie. Se miran en silencio. EDURNE baja los ojos.

MATEO: ¿Querés tomar algo? Puedo pedirlo al bar.

EDURNE: No, gracias.

MATEO le ofrece un cigarrillo.

EDURNE: No.

MATEO: ¿Dejaste de fumar?

EDURNE: Sí.

MATEO: Qué bien. (Se sienta en la cama. Enciende uno) Yo sigo. Es un compañero. Jodido, pero compañero. (EDURNE tose) ¿Te molesta?

EDURNE: No importa.

MATEO: (Apaga el cigarrillo. Silencio) Estás muy linda.

EDURNE: Perdoname. (Inicia un movimiento hacia la puerta). No tenía que haber venido.

MATEO: (La detiene, tomándola de los hombros, EDURNE se pone rígida, MATEO la suelta, pero le impide el paso) Por favor. Necesitaba tanto verte.

EDURNE: Otro día.

MATEO: No puedo esperar más. Hace años que sólo pienso en este momento.

EDURNE: No quiero estar acá.

MATEO: Tú también querías verme. Por algo viniste.

EDURNE: Porque me equivoqué.

MATEO le toma la cara con suavidad pero obligándola a mirarlo.

MATEO: Linda boquita y verdes mis ojos. (EDURNE resiste, contenida). ¿No te acordás?

EDURNE: No sé de qué hablás.

MATEO. ¿No?

EDURNE: Me quiero ir.

MATEO: ¿Por qué?

EDURNE: No es bueno que esté aquí.

MATEO: ¿No es bueno para quién? ¿Para él?

EDURNE: Para nadie.

MATEO: No me incluyas. Pero esperá. Te traje algo.

EDURNE: No, Mateo, no me...

MATEO: Nunca se debe despreciar un regalo.

Le entrega un paquete.

EDURNE: (Incómoda) Bueno, gracias.

MATEO: Dame el gusto de abrirlo.

EDURNE: Después.

MATEO: Por favor... (EDURNE lo abre, es un perfume). Hoy no te lo sentí. ¿Ya no lo usás más?

EDURNE: No.

MATEO: ¿Por qué?

EDURNE: Qué se yo... Los tiempos cambian.

MATEO: Decime que lo vas a volver a usar.

EDURNE: Ya voy a ver.

MATEO: Cuando me autorizaron las comunicaciones, lo primero que hice fue pedirle a mi hermana que me mandara las cartas rociadas con ese perfume. Olía el papel y se caían los muros.

EDURNE: (Alarmada) ¿Tu hermana...?

MATEO: Tranquila. No le dije por qué se lo pedía. Ni por quién.

EDURNE: (Intenta devolverle el perfume) No tiene sentido todo esto.

MATEO: Sí, tiene.

EDURNE: Para vos.

MATEO: Para ti también.

EDURNE: Qué podés saber de lo que me pasa a mí.

MATEO: Te conozco.

EDURNE: No. Nunca me conociste. Y menos ahora.

MATEO: No quiero ganar una discusión.

EDURNE: ¿Y qué querés?

MATEO: Que me dejes mirarte.

EDURNE: Bueno, ya me viste.

MATEO: Sí, ya te vi. Ahora quiero mirarte. (Se corta la luz, quedan a oscuras.

MATEO se ríe). Justo apagón cuando te miro.

En la oscuridad, EDURNE choca contra la pata de la cama, gime.

MATEO: ¿Estás bien?.

EDURNE: (Como un quejido) El pie.

MATEO alumbra con el encendedor, la ayuda a sentarse en el borde de la cama.

MATEO: ¿Te lastimaste? A ver... sacate el zapato.

EDURNE se saca el zapato. MATEO se arrodilla bajando el encendedor para alumbrar el pie.

MATEO: ¿Podés mover bien los dedos?

EDURNE: Sí... Me parece que es sólo la uña que ya tenía lastimada.

MATEO: Tenés un poco de sangre. ¿Querés pasar al baño y lavarte?

EDURNE: No, no es nada.

MATEO: Sostené esto. (Se lo entrega, EDURNE un poco desconcertada, lo toma)

EDURNE: ¿Qué vas a hacer?

MATEO: (Abre el perfume) Desinfectarte.

EDURNE: No, dejá. Me curo en casa.

MATEO: (Agachándose hacia el pie) Es un minuto.

EDURNE: ¡No!

EDURNE Intenta zafarse pero con el movimiento se apaga el encendedor, trata de volver a encenderlo, lo acciona varias veces, pero no lo consigue. Se escucha el spray del perfume.

EDURNE: ¡Ay!

MATEO: (Aspirando profundo) Qué bien huele. ¿Pasó el ardor?

Silencio. Un tiempo donde sólo se escuchan las respiraciones. Luego el roce de los cuerpos, unos instantes apenas y vuelve la luz; EDURNE parece entregada al encuentro, pero la irrupción del resplandor la hace reaccionar.

EDURNE: (Intenta deslizarse fuera del abrazo) Dejame.

Hay un breve forcejeo, MATEO la suelta. EDURNE, zapato en mano, rengueando un poco, se sale de la cama, regresa a la silla, trata de recomponerse.

EDURNE: No vine a esto.

MATEO: ¿No ves que volvimos al punto donde habíamos quedado?

EDURNE: Seguí siendo un iluso. No hay retorno.

MATEO: ¿Por qué no? ¿Qué lo impide? Los milicos ya no. ¿Es por él? (Silencio) ¿Es eso?

EDURNE: No. Me separé.

MATEO: (Como expresión de asombro) ¿Te separaste? (Silencio) ¿Estás con otro?

EDURNE: Eso es cosa mía.

MATEO: Pero te lo pido por favor. Necesito saber más. Nos alejamos por fatalidad, no por decisión. Nuestra relación quedó detenida de golpe. Pero lo que yo siento está intacto. Resistió el gran agujero negro de estos años. Me faltaba saber qué sentías vos, pero después del abrazo, ya lo sé. (MATEO avanza, EDURNE lo rechaza) No entiendo por qué no querés estar conmigo. Si hay otro, decímelo. Por lo menos me ayudaría a entender.

EDURNE: No voy a poner excusas. No hay otro. No hay nadie. No quiero estar con vos. Así de simple. Y no quiero verte más.

MATEO: ¿Por qué el enojo? ¿Qué te hice?

EDURNE: ¿Qué me hiciste? Si fuera por vos, yo estaría hecha mierda o desaparecida o muerta.

MATEO: ¿Pensás que yo hablé? Nunca di tu nombre. Ni el de él. Me aguanté lo que no podés ni imaginar, pero no hablé.

EDURNE: No fue por callarte mi nombre que pasaste lo que pasaste.

MATEO: Yo no dije eso.

EDURNE: Te lo habías buscado vos solito, antes de conocerme.

MATEO: No te estoy acusando de nada. Pero no entiendo de qué me acusás vos.

EDURNE: Nos hiciste correr riesgos que ni pensábamos. Cuando nos pediste para quedarte en casa, no nos dijiste que estabas tan comprometido.

MATEO: Es que no estaba tan comprometido. Yo era un simple militante estudiantil.

EDURNE: Pero te habían ido a buscar a tu casa en Uruguay.

MATEO: Cuando les pedí alojamiento, todavía no había pasado nada. Al principio, mi venida a Buenos Aires fue sólo preventiva.

EDURNE: Pero nos ocultaste que a los de allí, también los perseguían acá.

MATEO: En ese momento yo tampoco tenía idea. Era un tiempo de mucha confusión y nunca había imaginado que todo se iba a complicar tanto. Pero cuando me di cuenta de que el hecho de que fuéramos parientes no iba a funcionar como justificativo, acordate bien, me fui de tu casa, para no

comprometerlos más.

EDURNE: Te fuiste porque ya no era seguro para vos...

MATEO: No es cierto...

EDURNE: ...pero antes le agradeciste la hospitalidad a tu primo cogiéndote a la esposa.

MATEO: (Arrinconándola contra la pared. Le toma la cara con las manos para forzarla a mirarlo). Negame ahora que existió aquella madrugada, al otro día de conocernos, cuando te metiste en mi cama desnuda y perfumadita. (Acerca más la cara de EDURNE hacia la suya, las bocas muy próximas, EDURNE tiembla, pero no intenta resistirse. MATEO amenaza con la posibilidad del beso, pero lo deja suspendido) Decime que no me querías. Decime que no te prendiste recién a mi abrazo.

EDURNE: (Rogando) Soltame.

MATEO: Decís soltame pero estás deseando que te bese. (MATEO la besa, EDURNE responde, se abrazan y se besan con pasión).

EDURNE: (En medio del abrazo y las caricias) No tenías que haber vuelto. Me estás jodiendo la vida otra vez.

MATEO: Sh... No digas nada.

EDURNE: Basta. (Separándose brutalmente) No quiero más esta angustia.

MATEO: (Desconcertado) ¿Te asusta comprobar que todavía me querés?

EDURNE: Todo lo que viene de vos me espanta. Como antes. ¿Querías que te respondiera? ¡Sí! Para mi mal y el tuyo, me enamoré de vos.

MATEO: Ya no necesito que me contestes. Recién dijiste todo sin hablar.

EDURNE: No, no tenés idea de lo que siento. Ni de lo que soy capaz. Y quiero que te enteres de una vez. Voy a hablarte y vas a escucharme (MATEO avanza hacia ella) ¡y no voy a dejar que me toques! ¡Lejos! (MATEO se detiene, EDURNE junta fuerzas, busca las palabras para comenzar). Me habías deslumbrado. Me parecía una idiotez de tu parte arriesgarte por ese idealismo imposible, pero tenías una fuerza y una pasión que me trastornaron. Eras un huracán en mi vida prolija y aburrida. Me fascinaba lo que tenía nuestra relación de prohibido, de trasgresor, de juego riesgoso. Hasta que me di cuenta que lo riesgoso no era juego. Que la

situación era peligrosa de verdad y que vos eras peligroso. Pero no podía alejarme. Me proponía faltar a esas citas clandestinas en lugares horribles, pero allí iba. Como hoy. A un encuentro maldito y oscuro, pero al que no podía renunciar. Me perfumaba tanto para taparme el olor del miedo. Me di cuenta que sólo me libraría de esa telaraña cuando te agarraran, cosa que tarde o temprano iba a pasar. Pero el hecho de haberte escondido en casa nos convertía también a él y a mí, sin serlo, en subversivos. Si vos caías preso también nosotros íbamos a caer.

MATEO: Pero eso no ocurrió. Hay que cerrar el pasado de una vez. Ya padecimos demasiado. Ahora terminó el horror. Y el miedo. Ustedes no cayeron. Y estamos aquí, vos y yo, vivos y libres.

EDURNE: No caímos porque yo finalmente pude reaccionar. Vos no me cuidaste; yo decidí salvar mi vida y la de él. (Pausa) Me presenté ante el Coronel Vázquez, del Cuartel V, un conocido de mi padre.

MATEO: (Demudado) ¿Cómo?

EDURNE: A cambio de que no nos pasara nada, te denuncié.

MATEO: Mentís.

EDURNE: Te agarraron porque yo te entregué. (Ante la mirada de espanto de MATEO, EDURNE va hasta la cama, toma el perfume que quedó allí, se rocía y se tiende). Ahora si querés, cogeme.

APAGÓN

Luz cenital sobre EL NIÑO.

NIÑO: Se fueron. ¿Para qué seguir?

EL NIÑO deja el redoblante.

EL BULTO: Nunca aterrizaron.

EL NIÑO mira sorprendido al BULTO.

EL BULTO: No vinieron del cielo.

NIÑO: ¿Qué decís?

EL BULTO: No fue una nevada la razón del exterminio.

El niño calla.

EL BULTO: ¿Querés que hable?

Silencio.

EL BULTO: Ahora que se fueron tal vez me puedas escuchar.

EL NIÑO: ¿Para qué?

EL BULTO calla.

EL NIÑO: Ahora sí que estamos reventados.

EL BULTO: ¿Sí?

Silencio.

EL NIÑO: Tengo hambre...

EL BULTO: Ellos...

EL NIÑO: No me importa...

EL BULTO: Ellos no vinieron...

EL NIÑO: No me importa si vinieron del cielo o del infierno...

EL BULTO: Ellos estaban aquí.

EL NIÑO lo mira.

EL BULTO: Estaban aquí, entre nosotros.

Silencio.

EL NIÑO: ¿Entre nosotros...?

EL BULTO mira al niño.

Pausa.

EL BULTO: Salgamos de aquí.

EL NIÑO mira al bulto.

EL BULTO: Yo también tengo hambre.

EL NIÑO: Sí... salgamos...

APAGÓN FINAL

Adriana Genta y Patricia Zangaro. Correos electrónicos:

adriana.genta@gmail.com - patricia.zangaro@gmail.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2011

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

Presidente: Juan Carlos Gené. Director: Carlos Ianni

Buenos Aires. Argentina. www.celcit.org.ar. Correo electrónico:
correo@celcit.org.ar